

4.

EMILIO: EL ESPÍRITU EDUCADO QUE NAVEGA EN LAS TEMPORALIDADES DE LA PEDAGOGÍA Y EL CURRÍCULO

EMILIO: THE EDUCATED SPIRIT THAT NAVIGATES IN THE TIMES OF
PEDAGOGY AND CURRICULUM

Karen Álvarez Castillo

✉ karen.alvarez04@usc.edu.co
Universidad Santiago de Cali

Liliana Angulo Chepote

✉ liliana.angulo00@usc.edu.co
① <https://orcid.org/0000-0003-3026-1888>
Universidad del Pacífico

María Cristina Figueroa

✉ maria.figueroa03@usc.edu.co
① <https://orcid.org/0000-0003-4068-8981>
Institución Educativa Juana de Cayzedo
y Cuero

Yuliana Mejía

✉ yuliana.mejia00@usc.edu.co
① <https://orcid.org/0000-0002-1581-0044>
Fundación Trascender

Alexander Oliveros Tapias

✉ alexander.oliveros01@usc.edu.co
① <https://orcid.org/0000-0002-3451-0012>
Universidad Santiago de Cali

Cita este capítulo:

Álvarez Castillo, K., Angulo Chepote, L., Figueroa, M. C. Mejía, Y. & Oliveros Tapias, A. (2021). Emilio: el espíritu educado que navega en las temporalidades de la pedagogía y el currículo. En: Portilla Portilla, M. y Zamudio Tobar, G. (Eds. científicas). *Rutas de investigación en educación, pedagogía, cultura y tecnología* (pp. 85-118). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

EMILIO: EL ESPÍRITU EDUCADO QUE NAVEGA EN LAS TEMPORALIDADES DE LA PEDAGOGÍA Y EL CURRÍCULO

Karen Álvarez Castillo

Liliana Angulo Chepote

© <https://orcid.org/0000-0003-3026-1888>

María Cristina Figueroa

© <https://orcid.org/0000-0003-4068-8981>

Yuliana Mejía

© <https://orcid.org/0000-0002-1581-0044>

Alexander Oliveros Tapias

© <https://orcid.org/0000-0002-3451-0012>

Resumen. Nos encontramos ante un relato pedagógico que fundamenta su intención narrativa alrededor de la voz propia de un ilustre personaje, Emilio, inspirado en la obra homónima de Rousseau. El protagonista, a manera de espíritu, realiza travesías por el tiempo, tratando de entender los conceptos de pedagogía y currículo a lo largo de la historia, así como la relación que estas disciplinas tienen con el saber, el poder y la subjetividad. Como apuesta fundamental, el viajero terminará en Latinoamérica, particularmente en Colombia, a fin de trazar una propuesta pedagógica y curricular, colocando de relieve la urgencia de renovar la educación sobre la base de una construcción social que incluya la realidad histórica, local, ancestral, nacional e internacional de los estudiantes.

Palabras clave: pedagogía, currículo, poder, saber, subjetividad, educación.

Abstract. We are before a pedagogical story that bases its narrative intention around the voice of an illustrious character, Emilio, inspired by the homonymous work of Rousseau. The protagonist, as a spirit, travels through time, trying to understand the concepts of pedagogy and curriculum throughout history, as well as the relationship of these disciplines with knowledge, power and subjectivity. As a fundamental bet, the traveler will end up in Latin America, particularly in Colombia, in order to draw up a pedagogical and curricular proposal, highlighting the urgency of renewing education on the basis of a social construction that includes the historical, local, ancestral, national and international reality of students.

Keywords: pedagogy, curriculum, power, knowledge, subjectivity, education.

Introducción

Soy Emilio, nací en 1762, en el seno de una época ilustrada que anunciaba el irrevocable advenimiento de la Revolución Francesa. El mundo me reconoce como el ideal de alumno para Jean Jacques Rousseau (1981), un optimista por antonomasia, un convencido de la bondad humana y un visionario de la república democrática. Más libertad y menos imperio, bajo esta máxima empezó mi formación desde temprana edad. Pero eso sí, recuerdo que en aquel taller primero había que moldear al hombre para concebir al ciudadano. Les contaré, a grandes rasgos, la travesía de mi educación. Llegué al mundo sin conocimiento alguno, por lo que era fundamental empezar a experimentar la realidad a través de la voluntad y la

curiosidad, dándole primacía a mis despiertos sentidos. En los pasos de la infancia, aprendí que el amor y el cuidado eran las fuerzas para convertirme en un sujeto virtuoso, capaz de escuchar el dictado de la razón, preparado para interiorizar la voz de la moral. Iniciada la adolescencia, se me instruyó en el arte de la palabra, de modo que supiera expresar e intercambiar opiniones entre semejantes. Colocarse en el lugar del otro era el requisito inexcusable para integrarme en la sociedad, jamás dudé semejante mandato. Situado en el albor de la adultez, tuve que darle equilibrio a mis pasiones y juicios, para lograr esa madurez que tanto necesitaría en el destino matrimonial y la responsabilidad civil. Ese fui yo en vida, Emilio, pero hoy, tras varios siglos, mi espíritu inquieto aún recorre las escuelas, las aulas, los paisajes, las calles, las ciudades.

Rousseau me enseñó muchas cosas, pero hay otras que desconozco. Tengo la particularidad de viajar por muchas épocas, la antigua, la medieval, la moderna y la contemporánea, para responder aquellas preguntas que alientan mis travesías. De algo me sirvió el legado de más libertad y menos imperio por parte de mi maestro. Por eso anhelo en este instante, sin importar lo que dure, iniciar una navegación sobre las temporalidades de la pedagogía y el currículo. Empezaré a planificar de inmediato mi itinerario, no puedo dejar a la improvisación ningún detalle. Al primer viaje lo titularé *Construyendo un brevísimos rompecabezas sobre el significado y la historia de la pedagogía*. Al segundo viaje lo denominaré *Descubriendo el entramado histórico del currículo, su forma y su fondo en un contexto eminentemente social*. Al tercer viaje lo nombraré *Fisgoneando a los postestructuralistas para entender las relaciones pedagógicas y curriculares con el saber, la subjetividad y el poder*. El cuarto viaje lo bautizaré *Me voy a Latinoamérica, quizá es tiempo de trazar propuestas pedagógicas y curriculares en tan cálida tierra*. El último viaje lo rotularé *Parada final, el viaje de la botella*. Perfecto, con esta hoja de

ruta no tengo tiempo para perder como sí tengo infinitud para ganar. Mi espíritu, por fortuna, lleva suficientes provisiones para empezar tan magna aventura.

Figura 1. Emilio



Fuente: Ilustración realizada por Karen Álvarez Castillo.

Primer viaje: construyendo un brevísimos rompecabezas histórico de la pedagogía

En mis deambulaciones por el mundo académico, descubro que voces expertas y aprendices pronuncian mi nombre como un referente pedagógico. Llamarse Emilio, en este caso, es todo un privilegio, así sé que permaneceré en la dimensión terrenal por un prolongado tiempo. Transcurre el año 1887, estoy en la Universidad de Burdeos, donde Emile Durkheim es uno de los catedráticos más respetados, por ser precisamente el padre de la sociología. En una de sus clases concurridas lo escucho decir que la pedagogía es el conjunto de teorías y formas de concebir la educación (Durkheim, 1979, p. 25). Con

esta definición, se me ocurre comparar al pedagogo con el personaje de aquella pintura que tanto me fascina, *El caminante sobre el mar de nubes*, en cuanto ha alcanzado una posición privilegiada, desde una montaña elevada, desde una óptica aislada, para observar nada más y nada menos que el mundo educativo, ese que examina en sus rincones, planos y dimensiones. Contemplar la educación sobre una cima, le confiere al pedagogo una perspectiva global de este hecho social, en los actores involucrados, en los propósitos definidos, en los métodos establecidos, razón que le permite orientarla en sus momentos de normalidad y corregirla en sus fases de crisis. Ciertamente, así como una sinfonía precisa de un director capaz de comprender la música como un universo de melodías, armonías y ritmos, considero, en similar proporción, que la educación requiere de intelectos capaces de teorizarla y concebirla para el mejoramiento de su finalidad social. Vaya que las lecciones de Durkheim me inspiran bastante en este momento.

Yo camino por todas las épocas, voy rápido, vuelvo enseguida. Quedarme quieto niega mi naturaleza, aniquila mi ser. He armado el rompecabezas de la pedagogía en cada una de las cuatro épocas de la historia occidental. En la antigüedad, la pedagogía es la *paideia*, esa educación circunscrita a una *polis* que tiene como aspiración la conquista del bien general. Qué maravilla escuchar a los sabios de esta época. Sócrates exaltando la virtud, Platón defendiendo la justicia, Aristóteles exaltando la felicidad. En el medioevo, me impresiona observar cómo la pedagogía, al servicio del cristianismo, se encarga de reprimir los cuerpos y aleccionar las almas, bajo la promesa de la salvación, bajo la certeza de la bienaventuranza. Aunque debo admitirlo, menos mal no nací en este tiempo, los monasterios me habrían llevado a la misma desesperación. En la modernidad, observo a la pedagogía revitalizada por el Renacimiento, ahora el individuo quiere descubrir los secretos de la naturaleza, con la confianza de

la experiencia, con el beneficio de la duda, con la fuerza de la libertad. En la contemporaneidad, con el nacimiento de las repúblicas y la proclamación de los derechos, la pedagogía esculpe al sujeto que ama el nacionalismo y el individualismo. Incluso mientras camino por las llanuras siglo XXI, cuando la mundialización es la regla, descubro que se debe instruir a un sujeto cosmopolita y competitivo, que aprenda a disputar carreras y conquistar metas, siendo lo más importante llegar de primero, sin importar quiénes caigan.

Segundo viaje: Descubriendo el entramado histórico del currículo, su forma y su fondo en un contexto eminentemente social

En mi recorrido por esta definición e historicidad de la pedagogía, un nuevo concepto denominado currículo trastoca mi rompecabezas, lo que da inicio a mi segundo viaje por este mar de temporalidades reflexivas. Esta travesía me sumerge al interior de los fenómenos sociales que le dan vida al moderno siglo XX. Quiero entender lo que subyace al interior de este término, mirar cómo es capaz de determinar las tendencias educativas y los destinos humanos. Espero recorrer las etapas más importantes de este centenario, me urge descubrir la particularidad de cada época en su relación curricular.

Etapas I. 1920-1950. El currículo, la materia prima de un producto terminado

Mi paso por la álgida modernidad me ubica en la década de 1920, particularmente en la Gran Depresión, ese suceso que transforma el mundo entero bajo el influjo de la crisis económica y social. Al abrir mi ventana, me sorprende al ver deambular a tantas personas en

busca de un empleo, con el afán de encontrar esa nueva oportunidad para volver a vivir. La pobreza impregna todo el aire, como si las trompetas celestiales anunciaran la llegada del Apocalipsis. Intento cambiar de escena, de espacio, pero entre más muevo las viejas cortinas, el soplo decadente susurra a mi curioso oído que algo más aterrador está por llegar. En mi afán angustioso por escapar, escucho a un harapiento niño pregonar el nuevo titular del periódico matutino: ¡Extra, Extra, sorpresivo bombardeo! La pintura de Picasso, *Guernica*, aparece en la portada. Incontables transeúntes se ubican alrededor de este infante, comienzan una discusión que de inmediato me invita a escuchar con devota atención. Comprendo que ese joven artista, de tendencia cubista, también pasa por un momento de tremenda coyuntura, su reciente obra es la divulgación de los ataques incendiarios ejecutados por parte de la aviación alemana sobre la villa española que lleva el mismo nombre de la apuesta pictórica. La sobriedad cromática, junto a la intensidad y articulación de todos sus elementos, revelan el carácter trágico de la escena padecida por aquella población vasca. En ese instante, al analizar la forma como el genio fragmenta los cuerpos, deja también diseccionada mi perspectiva sobre la realidad, lo que me lleva a pensar si el concepto de currículo estaría provocando un trastorno similar en la comprensión del acto educativo.

Figura 2. Guernica



Fuente: Tomada de las obras de Picasso

Durante el propósito de comprender la realidad que le da bienvenida al currículo en este siglo de transformación, me encuentro con algo bastante interesante, el anuncio publicitario de la última producción cinematográfica, *Tiempos Modernos* de Charles Chaplin. Se vislumbra como un éxito taquillero. No puedo negarme a ver aquello que capta la atención de los incautos ciudadanos. Ingreso a la sala de cine, mis expectativas son superadas en su totalidad. La reflexión sobre este agitado presente a partir de la producción cinematográfica, me lleva a preguntarme, ¿Cuál es la propuesta curricular de este tiempo? De vuelta a las calles, como si la fuerza del destino me llevara, soy sorprendido por un gran aviso ubicado en la entrada de una escuela: “Bienvenido a la fábrica de experimentos, escuela donde el currículo es nuestro plan de estudios que fija por anticipado las experiencias de entrenamiento que usted necesita para optimizar los resultados de aprendizaje. Desde aquí lo preparamos para una vida adulta, siempre eficiente y productiva”³. Este anuncio me deja sumamente inquieto, aumenta mi interés por conocer los procesos al interior de esa escuela, quizá este sea el lugar para hallar mis respuestas. Ciertamente empiezo a observar, con enorme sigilo, las relaciones sociales que se dan en ese lugar de preparación para la vida adulta, eficiente y productiva.

En este momento percibo que las sillas y las mesas de los salones están organizadas en rígidas filas. La profesora se ubica al frente de sus estudiantes, con gesto de autoridad, anunciándose como la portadora absoluta del conocimiento que guiará al homo sapiens hacia el camino de la verdad. Enseguida voy encontrando otros elementos que devuelven mi memoria hacia la película de Chaplin, con su escena de producción mecanizada y acondicionamiento obrero. La verdadera intención del currículo empieza a revelarse

3 Anuncio inspirado en la doctrina de Bobbit (1918).

en esta institución educativa. En efecto, la escuela, al igual que la fábrica, se rige por una inamovible jornada, marcada por unos tiempos cronometrados para cumplir unas tareas específicas. A su vez, advierto cómo el uniforme de esos niños y adolescentes se convierte en una especie de impositivo molde, en un principio de homogeneización que no da lugar a las naturales y hermosísimas diferencias que tiene la vida. Mi pensamiento crítico se despierta de inmediato, soy testigo de un proceso tecnificado y conductista que está controlando y regulando a los sujetos en concordancia con el modelo industrial de la época, respondiendo de manera estricta a los criterios de eficiencia y rentabilidad. El currículo, como sistema de planificación escolar, se comporta cerrado y unificado para todos los alumnos, sólo transmite conocimiento, su proceso es la instrucción y su resultado el estándar, se vuelve un instrumento diseñado para la consumación de un producto terminado.

Conforme ocurre esto en la fábrica llamada escuela, la realidad social no se detiene, avanza a pasos veloces e intenciones despiadadas. El peor de los presentimientos toma forma, adquiere contenido. Me he vuelto, sin quererlo, un triste espectador de la Segunda Guerra Mundial, conflicto que escribirá las páginas más tristes de la historia reciente entre 1939 y 1945. Con el desasosiego más profundo que he podido sentir en mi paso por la faz planetaria, observo cómo el tejido social y la revitalización económica de los pueblos se derrumba hacia el precipicio. Y como si el telón de fondo pudiera ser más terrorífico, suenan bombas atómicas sobre tierras niponas, Hiroshima y Nagasaki lloran entre los cuerpos quemados y las carnes mutiladas. El afán de las potencias por extender sus dominios territoriales, en nombre de la sedienta ambición y el patológico poder, solo deja miseria y destrucción a su paso. Con la toma de Berlín, el panorama internacional adquiere una nueva fisonomía, toda vez que estadouni-

denses y soviéticos empiezan a levantar sus banderas triunfales con miradas antagónicas. Algo me huele mal entra estas dos potencias, ojalá no venga una tercera confrontación. Ahora bien, las migraciones de las poblaciones junto al crecimiento de las ciudades también marcan un nuevo camino educativo, basado ahora en el ideal del progreso que esperanza a la humanidad.

Etapa II. 1960-1975. De la luna al giro curricular

Empieza la década del sesenta. Me detengo por un momento a respirar tras una larga caminata por Manhattan, cuando de repente veo una hermosa Kombi de colores azul y blanco que sobresale en una época de revolución cultural que proclama la restitución de la libertad. Desde el interior del vehículo escapa una melodía llamada *Do you believe in magic* de la banda *The Loving Spoonful*. Asomada desde la ventana de la furgoneta, una hermosa chica con cabellos dorados y flores enredadas saluda a un desprevenido peatón, le entrega con sonrisa de amor y paz un panfleto. La sugestiva imprenta es una invitación a una protesta pacífica, cuya bandera es defender el medio ambiente, ese que la industrialización trata de devorar sin vergüenza alguna. Más adelante, rompiendo con esta armónica imagen que invita a la humana concordia, veo en el televisor de un restaurante una imagen que jamás olvidaré: Alemania se divide a partir del levantamiento de un Muro construido en Berlín. Del lado occidental, la República Federal, defendiendo al capitalismo norteamericano. Del lado oriental, la República Democrática, exaltando el comunismo soviético. Millones de familias lloran, porque jamás se volverán a abrazar, pasar de un lado a otro es imposible con semejante custodia militar. El palpitar de La Guerra Fría entre las dos potencias mundiales me acaba de robar la calma

sentida hace un rato, justo cuando tuve contacto con el naciente movimiento hippie.

Con aires de honestidad, creo que no todo es malo durante esta etapa de convulsiones e incertidumbres mundiales, empiezan a ocurrir inesperados acontecimientos que le imprimen una nueva perspectiva a la realidad. Transcurre el año 1961, presencio cómo el primer hombre, un piloto soviético llamado Yuri Gagarin, de espíritu temerario, viaja al espacio exterior en una cápsula espacial. Por primera vez alguien nos observa desde tan alto, qué emoción, qué maravilla, distintas estéticas empiezan a surgir para las afortunadas miradas. Imagino que allá arriba todo es sublime y tranquilo, sin la presencia humana que todo lo anhela distorsionar. Años después, en mi marcha por el devenir, llego a 1969, para confirmar uno de los sucesos sobresalientes de la historia de nuestra especie. Lo inalcanzable se vuelve lo realizable. Lo lejano se traduce en lo cercano. El primer astronauta llega a la luna, un valiente norteamericano llamado Neil Armstrong, en la misión Apolo 11. Mientras el planeta lo observa y escucha con delirio a miles de kilómetros de distancia, de sus labios emerge la mismísima figura literaria: “Un pequeño salto para el hombre, un gran paso para la humanidad”. Rousseau, seguramente, estaría conmocionado de atestiguar la fuerza de la inteligencia cuando se traza una meta. Acepto que desde entonces miro el satélite natural con mayor misticismo.

Ya entré a la década de los setenta, el neoliberalismo como modelo económico ha empezado a adquirir fuerza a nivel mundial. Me encuentro en la ciudad de Cambridge ubicada en el estado de Massachusetts. Vine a la Universidad de Harvard, una de las instituciones de enseñanza superior más prestigiosas del globo terráqueo. Me encuentro en la Facultad de Ciencias de la Educación, quiero saber lo que ocurre con el currículo en este tiempo.

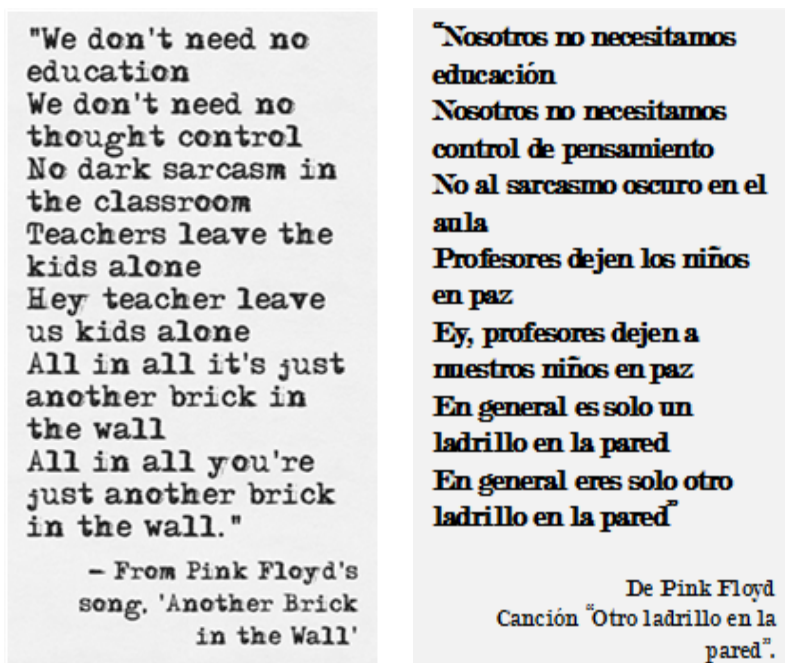
Escucho a unos catedráticos decir que en esta época sucede un giro epistemológico, consistente en el paso de una planificación eficiente a un enfoque procesal. Dos teóricos adquieren gran importancia aquí, sustentados en las ciencias sociales y los enfoques culturales, un tal Schaw que pondera el concepto deliberación y un tal Stenhouse (1991) que privilegia el término hipótesis. Ambos académicos, más allá de sus particulares puntualizaciones, se inscriben abiertamente en el enfoque interpretativo, ese donde el profesor deja de ser ese simple operario como en antaño, para convertirse en un actor crucial del desarrollo curricular, adquiriendo de esta manera una mayor determinación en su labor. En esta línea, los procesos de enseñanza y aprendizaje se deciden a partir de la interacción y el debate permanente entre el docente y el estudiante, teniendo como referente fundamental la consideración del contexto, pues precisamente el entorno es quien da aparición a las subjetividades y necesidades de la vida escolar. El currículo se torna así en un elemento flexible y abierto, donde la comprensión del mundo resulta ser lo más importante en este cambio de paradigma.

Etapa III. 1975-1990. Un giro a la tuerca del currículo o la necesidad de una nueva sociedad de pensamiento

En este trasegar histórico me doy la oportunidad de sumergirme en la época de las teorías críticas, aquellas que buscan la inaplazable transformación de la pedagogía y el currículo. Observo una sociedad desfigurada por la represión, pero que simultáneamente, en un acto de decidida resiliencia, pide a gritos nuevas formas de pensar la tarea de acompañar los procesos educativos para la restitución de la vida humana. Caminando por un concurrido boulevard de la ciudad de Boston, me encuentro con el vídeo de la canción *Another Brick in The Wall* de la banda británica Pink Floyd. Allí, en el acto más revolucio-

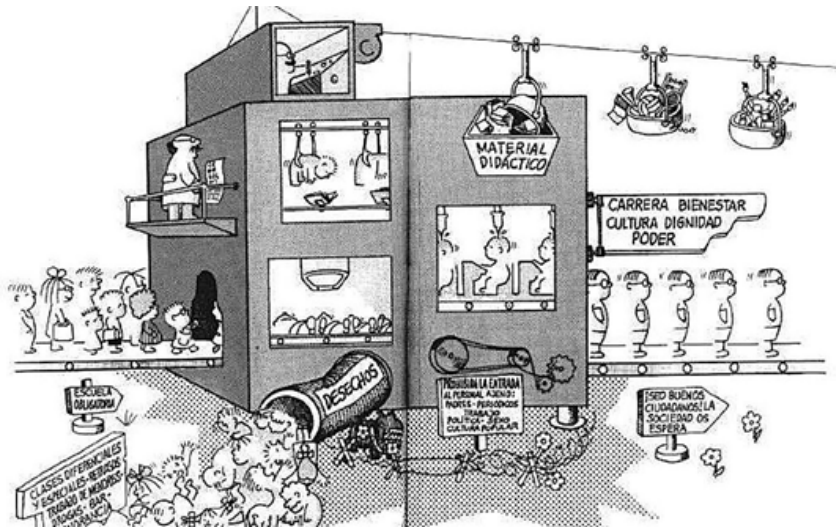
nario, los niños incendian la escuela, como un símbolo de rebeldía frente a la intransigencia de un sistema educativo que aniquila individuos y produce masas, como si todos los individuos tuvieran que marchar al mismo paso sobre el mismo camino. Esa narrativa audiovisual, de modo inmediato, me traslada a recordar una obra gráfica del caricaturista italiano Francesco Tonucci, *La máquina de la escuela*, donde muestra con exquisita crítica una tiranía escolar, a merced de un modelo económico de corte capitalista que amolda a las personas como si fueran los mecánicos engranajes de las máquinas industriales. Aquí el humano se encuentra condenado a servir al mercado, qué concepción tan deplorable para mi ilustrado gusto.

Figura 3. Fragmento de la canción *Another Brick in The Wall*



Fuente: Banda británica Pink Floyd, 1979

Figura 4. La máquina de la escuela



Fuente. Fratto, 1970

Para comprender de manera concreta los grandes cambios que requiere la educación, viajé a la ciudad de Paterson en Nueva Jersey, un condado bastante tranquilo en sus paisajes naturales y formas humanas. Por cierto, me han contado que existe allí un bar detenido en el tiempo, atendido por un amante de la historia local. Pero por lo pronto me inquieta conocer el planteamiento teórico de un señor llamado Michel Apple (1979), quien inspirado en la doctrina marxista, afirma que el currículo, bajo ninguna circunstancia, puede convertirse en una herramienta de poder que sirva para excluir e invisibilizar a los sectores más vulnerables de la sociedad. Por eso propone un currículo de corte humanista, rechazando los métodos que le proporcionan sobrevaloración a las asignaturas clásicas y los aprendizajes conductistas. Para el pedagogo norteamericano, el aula se puede comparar perfectamente con al ágora, aquel lugar de la Antigua Grecia donde las personas se reunían a debatir alrededor de asuntos cruciales para el destino de la polis. En este sentido, el salón de clase debe ser el lugar donde el alumno y el profesor, mirados desde

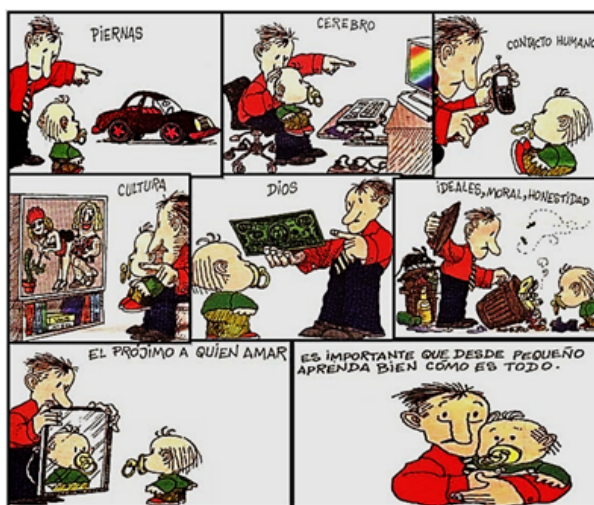
una óptica de reciprocidad, se deben concebir como poseedores de saberes previos y generadores de conocimientos nuevos a partir de la interacción permanente. Podría decirse que Michael Apple le apuesta a una escuela inminentemente democrática, algo que emocionaría demasiado a mi maestro Rousseau.

Al encontrarme con estas revitalizadas perspectivas, mi corazón no puede evitar palpar de emoción. Advierto en esta época el deseo de formar a un hombre de elevadas características: laico, libre, crítico, emancipado. Escucho, en este preciso instante, coloridas aves cantando al unísono, mientras me llegan los recuerdos de todos esos teóricos que levantan su agudo pensamiento y su comprometida pluma hacia el cuestionamiento de la sociedad, más precisamente, a las élites que utilizan el aparato educativo para preconizar el detrimento de los pueblos en diversas esferas, en lo colectivo, en lo intelectual, en lo moral, en lo espiritual, en lo económico. Entre tantas figuras merecedoras de mi admiración, llega a mi mente la voz de un brasileño, tan cálido como su tierra, Tomaz Tadeuz Da Silva (2001), quien plantea una idea pertinente acerca del currículo, mostrándolo como un mecanismo que debe colocarse al servicio del conocimiento y la identidad de los sujetos, en lugar de constituirse en un instrumento técnico a través del cual los poderosos eligen el destino de los desfavorecidos. Sobre esta perspectiva, el currículo está más cercano a la ética, se vislumbra como un viaje que le permite al ser humano adquirir esos valores, saberes y principios que lo colocarán sobre la superficie de la vida, para que materialice esos proyectos que lo dignifican en la relación con el mundo.

Ahora me detengo a analizar la carrera salvaje que ha planteado el capitalismo a partir del establecimiento de una sociedad de consumo. En esta superficie, todo se vuelve instantáneo, todo se comporta fugaz. Los estereotipos van y vienen, con sus imágenes de belleza,

con sus conceptos de moda, con sus concepciones de felicidad, con sus referentes de estatus. Incluso los valores son tan volubles como los mismos principios. Moral, ética y religión no resisten las fórmulas universales de tiempos pasados. Casi todo tiene precio, casi todo puede comprarse, incluso a la dignidad le han puesto valor en el mercado, cual bazar turco. Los humanos deambulan de un lugar a otro, mirando en qué producto pueden encontrar el tan anhelado bienestar, sin saber, contrariamente, que cada vez se comportan más frágiles frente a un sistema que los convirtió en marionetas. Por esta razón, el currículo debe cuestionar el capitalismo y el consumo, para que los niños y jóvenes adquieran una posición más aguda frente a todas estas fuerzas que los desfiguran en la cotidianidad. A propósito de la situación, se me ocurre recordar la magnífica caricatura de Quino, argentino de mi afecto, quien muestra a través de un sarcasmo la transvaloración que ocurre en esta temporalidad, dibujando a un ser humano en su condición más instrumental y deplorable.

Figura 5. Los valores del hombre moderno



Fuente: Joaquín Salvador Lavado Tejón (Quino) Argentina.

Etapa IV. 1990-2020. Decodificando el currículo en la era de la información y el conocimiento.

Transito ahora entre el ocaso del siglo XX y la promesa del siglo XXI, es asombroso ver cómo ha cambiado el mundo, tantas maravillas, tantos contrastes, tantas agitaciones. Esa sociedad industrial, cimentada en rascacielos, automóviles y carreteras se ha ido convirtiendo en una basada en redes y conexiones, en virtud de ese extraño aparato que llaman computador, con su compañía inseparable, internet. Aún estoy descifrando lo que puede hacer semejante dispositivo, titánico reto. Cuando penas me voy acostumbro a él, ya me enteré de otro, el *Smartphone* ¿Será la misma cosa? Merodeando por parques, calles, metros y universidades, veo que la mayoría de las personas utilizan todo tipo de dispositivos, leen, escriben, ríen, juegan, hasta conversan con ellos. Parece que son las terminales que los conectan con el mundo entero. Me encuentro con que la información viaja a una velocidad extraordinaria, el conocimiento se ha expandido de formas inimaginables en todas las áreas. La ciencia y la tecnología son las soberanas de este lugar, juntas han dado paso a nuevas tendencias que emergen y maduran, haciéndose obsoletas en ciclos cada vez más cortos. Se habla de biotecnología, nanotecnología, robótica, *big data*, telemedicina, teletrabajo, 5G, en fin, son demasiadas, pero lo permean todo. Prácticamente a diario se patentan nuevos inventos, la innovación y la creatividad están disparadas, creo que por eso le llaman la *sociedad de la información y el conocimiento*.

Sin embargo, veo con tristeza que no todo ha cambiado para bien, el precipitado desarrollo tecnológico también ha traído problemas de diversa índole, como por ejemplo la discriminación, porque el que no esté conectado a la gran red sencillamente queda relegado como

un analfabeta digital, al margen de la inmediata comunicación, de la instantánea información. También persisten viejos problemas, el capitalismo sigue siendo el sistema económico dominante, aunque cada vez genera más rechazo entre los pueblos por las desigualdades que refuerza, dando lugar a diversas corrientes políticas que buscan expresiones alternativas para reducir su impacto. Es irónico, pero los Estados protegen más a sus bancos y empresas que a sus ciudadanos, como sucedió en la última gran crisis financiera de 2008. Y de la naturaleza ni hablar, ese bello regalo que nos dio el creador ahora está destruido, devorado, incompleto, por las empresas multinacionales. Qué panorama tan desolador, el de un mundo políticamente polarizado, cansado, alzando su voz de protesta por tanta injusticia.

Una cosa que me llama mucho la atención de este nuevo orden es un fenómeno denominado globalización. Una especie de integración entre países que afecta todas las esferas, en lo político, económico y cultural, consolidada en gran medida por la acción de la tecnología. Aún no descifro esta tendencia mundial, es algo muy complejo, pero lo cierto es que ha afectado profundamente la forma como se concibe la educación en este momento. Para poder dilucidarlo, leí el documento de Portilla (2020), lo que me permitió deducir que junto con ese fenómeno surge la “internacionalización del currículo”, un proceso de cooperación entre países en materia educativa. En dicho proceso, muchos Estados buscan dar un referente internacional a sus propios sistemas educativos, siguiendo las directrices de organismos internacionales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la UNESCO, la Comisión Europea y el Banco Mundial, que “propenden por la modernización” de los sistemas e instituciones educativas, basándose en conceptos del mundo empresarial, tales como calidad, administración o eficiencia.

Entendido así, el estudiante se asume como un producto y las instituciones educativas como empresas comerciales que deben entrar en el juego de la competencia para sobrevivir. Es toda una mercantilización de la educación, que lleva a los sistemas educativos hacia el isomorfismo. Estas organizaciones tienen tanto poder, que en las últimas décadas han determinado que los currículos se deben estructurar por competencias y no sólo eso, también precisan cuáles son las competencias que se deben alcanzar para orientar los fines de la educación. Valga decir que entre estos está formar “capital humano” para los mercados. Sobre esta misma base, han implementado todo tipo de evaluaciones internacionales para que cada país compita y se compare con los otros. ¡Tremendo sistema! Lo anterior implica que este tipo de evaluaciones refuerzan las posturas hegemónicas que definen cuáles son los saberes que todo estudiante debe aprender y que se deben enseñar en las escuelas, de acuerdo con las culturas de los grupos sociales dominantes, desconociendo otro tipo de saberes no hegemónicos. Así, el profesor termina adaptando el currículo a todo ese entramado de exigencias para poder cumplir con los estándares que le llegan de afuera. Pero ¿cómo decodificar lo que en realidad necesita el estudiante en este tiempo?

Para hallar algunas pistas, me dispongo a explorar las aulas de una institución educativa, el destino me lleva a la hermosa ciudad de Marsella, en donde el pasado y el presente se combinan en perfecta armonía. Me centro en una joven estudiante que discute acaloradamente con sus compañeros de clase sobre la educación de sus días, responde al nombre de Pulgarcita⁴. Contemplo extasiado la claridad con la que expresa sus argumentos. Ella explica que esta sociedad aún no es consciente de lo que tiene en frente, se resiste a cambiar los viejos esquemas. No comprende por qué algunos de sus

4 Personaje inspirado en Serres (2013).

maestros siguen repitiendo los discursos que ella encuentra a un clic en cualquiera de sus dispositivos electrónicos. Descifra la tecnología mejor que nadie porque está en su genoma humano. Ella quiere más, pero no de lo mismo, por eso le aburre ir una y otra vez a la escuela. A diferencia de lo que muchos puedan pensar, se conmueve profundamente por los daños que la humanidad le ha hecho al planeta durante siglos, por eso desea hacer algo para repararlos. En medio de la zozobra y el sinsabor que me deja este siglo, aquella tarde, al escuchar a Pulgarcita, renové mis fuerzas porque supe que ella en realidad es un ser humano maravilloso que ve el mundo de una manera diferente pues, de hecho, vive en un mundo distinto, más abierto, diverso y dinámico, en el que el conocimiento ya no sabe de fronteras. Pulgarcita pide a gritos una nueva pedagogía.

Tercer viaje: figoneando a los postestructuralistas para entender las relaciones pedagógicas y curriculares con el saber, la subjetividad y el poder

Volver a Francia, una y otra vez, en mis viajes por el tiempo, siempre es un deleite. Aquí nací, aquí aprendí. El siglo XX me invita a pensar muchísimas variables sobre la pedagogía y el currículo, particularmente en la relación de ambas disciplinas con el saber, la subjetividad y el poder. El centro de París es propicio para hacer este tipo de reflexiones, la ciudad luz me ilumina constantemente cada vez que mi interior busca encontrar algún tipo de respuesta. Entro al antiguo café intelectual de *Saint German*, donde han desfilado personajes tan importantes como Dalí, el surrealista, y Sartre, el existencialista. Pero esta vez quisiera encontrarme con otros ilustres para ahondar en eso que me inquieta. Me ubico en la mesa contigua donde tradicionalmente se sientan los posestructuralistas, esos que

continuaron la teoría crítica en diversas disciplinas del pensamiento humano. Pero vaya que he sido afortunado en esta alborada de 1970, estoy al frente de las cuatro figuras más sobresalientes de esta corriente, Roland Barthes, Jacques Derrida, Michel Foucault y Gilles Deleuze. Y aunque admiro a todos en general, el último, Gilles Deleuze, es mi predilecto, especialmente cuando lo escucho hablar sobre el levantamiento de una sociedad de control en esta época. Siento en su discurso la fuerte penetración de la filosofía Nietzscheana, lo cual me entusiasma bastante para entender el entramado de la pedagogía y el currículo con el saber, la subjetividad y el poder.

¿Qué relación tienen la pedagogía y el currículo con el saber? Deleuze dice que la pedagogía como modo de pensar y el currículo como procedimiento para formar al hombre, de manera errónea, han enmarcado el saber como una construcción que puede alcanzar la verdad. Los grandes pedagogos y curriculistas de la historia tradicional han concebido una imagen inamovible del mundo, a la cual se accede a través de un conocimiento universal. Por ejemplo, pensar y formar al hombre a la rígida luz de la ciencia y la técnica, ha sido un presupuesto para recordarle al individuo que ese es el método inequívoco para comprender y transformar la realidad. Además, en pleno auge industrial, si un sujeto quiere aprender arte o literatura, estas adquisiciones son apenas subsidiarias u ornamentales, no resultan tan importantes en estos días de tributo a la eficiencia y rentabilidad. Por esta razón me gusta escuchar al postestructuralista, porque siendo gran conocedor de Nietzsche, afirma que la verdad del conocimiento es apenas un producto artificial elaborado por el mismo hombre. No es prudente hablar de pedagogías absolutas o de currículos definitivos que conducen a la mente humana a una visión absolutista, toda vez que la libertad humana, en su riquísima relación con el mundo, no se puede reducir a una estricta teoría o

limitar a un estrecho proceso. Siendo sincero, me gusta más ver la relación con el saber desde la llana interpretación, desde la flexible perspectiva, desde la cálida aproximación. Esa moda de declararse portador de una verdad sea cual sea, me parece algo muy peligroso, tanto en pensamiento como en acción, significa aniquilar al distinto.

¿Qué relación tienen la pedagogía y el currículo con la subjetividad? Por mi contacto en el mundo educativo, he descubierto que la pedagogía que piensa y el currículo que forma al humano, realizan estas acciones enfocadas en un sujeto. Cuando el pedagogo y el curriculista le apuestan a la construcción de un tipo de individuo, sea en la escuela, sea en la universidad, en el fondo de su imaginario y procedimiento, consideran que el humano debe ser llevado a una forma obligatoria, porque por sí mismo no podría realizarlo. Por cierto, descubro que ahora todos parecen el molde cognitivo de la producción industrializada, pura rentabilidad, mera eficiencia. En esa proporción, la visión tradicional se olvida tajantemente de la subjetividad, es decir, de la singularidad, de la particularidad, de la originalidad, de eso que hace a cada humano un ser único dentro del universo. Mientras lo observo allí degustando su segundo café vienés, afirmo que tiene razón el astuto Deleuze al invocar al viejo Nietzsche, para recordarme, en medio de los inquietantes susurros que despiertan las conversaciones ajenas, que el yo no puede ser encerrado en una unidad fija o permanente, como si pudiera ser arrastrado hacia un destino obligatorio. Por eso lo ratifico, me fascinan esas pedagogías críticas y esos currículos abiertos, capaces de comprender al sujeto como un proyecto que podría alcanzar en el devenir los desenlaces más impredecibles en los caminos más diversos. Frente al mundo, el humano está tan arrojado como indefinido, debe hacerse en virtud de la autonomía, en lealtad a sus posibilidades y ensoñaciones.

¿Qué relación tienen la pedagogía y el currículo con el poder? Vuelvo a escuchar el nombre de Nietzsche en la conversación de Deleuze con Barthes, Derrida y Foucault. La noche parisina anuncia que este encuentro de intelectuales me guiará a responder tan importante cuestión. Tomaré una servilleta para anotar algunas de las ideas más sobresalientes. Tanto el pedagogo como el curriculista se asemejan en algo, ambos, con sus teorías y procedimientos alrededor del humano que anhelan educar, deciden los sentidos, los valores y los saberes que regirán el proceso de aprendizaje. La pedagogía y el currículo vistos así, se muestran impositivos, se comportan dominantes, toman a un humano amorfo para ajustarlo a un molde predeterminado, a partir de una relación sustentada en el poder y mantenida en la obediencia. No en vano, cada vez que me asomo en un salón de clase, sin importar la época en que me encuentre, veo en el profesor a una figura que es capaz de escoger entre lo bueno y lo malo, así como entre lo deseable y lo reprochable, erigiéndose como la última palabra que dirige los hilos existenciales de los niños y jóvenes. La próxima vez, sin que nadie lo advierta, trataré de tirar libros nietzscheanos por debajo de esas viejas puertas de los pasillos escolares, para recuperar la genealogía, para reavivar la historicidad, o mejor, para que el sujeto educable entienda de una vez por todas de dónde proceden esos impulsos, deseos y voluntades que deterioran la espontaneidad de su espíritu.

Cuarto viaje: Me voy a Latinoamérica, quizá es tiempo de trazar propuestas pedagógicas y curriculares en tan cálida tierra

Siempre miré a Latinoamérica con cierta distancia, quizá porque en mi formación juvenil escasearon referentes bibliográficos dentro de mis experiencias educativas. ¿Por qué Rousseau olvidó esas latitudes?

Todavía me parece difícil responder dicha cuestión. Sin embargo, alguna vez, mientras estaba en Berlín, por allá en el año 1982, llegó a mis manos una obra sorprendente: *Cien años de soledad*, escrita por Gabriel García Márquez. Mis ojos jamás habían deleitado algo similar, el realismo mágico me envolvió en cada una de sus narrativas, me hipnotizó en cada uno de sus personajes. La literatura universal hacia presencia a través de la lengua castellana, recordándole al Quijote que su grandeza estaba frente a otra inminencia. Algo tenía claro a partir de ese día, debía conocer el país donde se arraiga Macondo, el lugar que se comporta como la extraña tentativa entre lo palpable y lo imposible, entre lo trivial y lo inusitado. Desde aquel instante la Tierra ha dado muchas vueltas alrededor del Sol. Ya es 2020, Colombia, de la que sé por algunos libros y noticias, me ha abierto sus puertas sin saber que el viajero del tiempo ya ha llegado. Todo está desolado. Todo está detenido. Transcurre el mes de junio, las bibliotecas brillan por su sepulcral silencio, las escuelas asfixian con su polvo amontonado. Si bien me trajo la literatura como pretexto, jamás puedo perder mi primigenio horizonte, quiero saber qué ocurre con lo pedagógico y curricular por estas tierras de infinita diversidad.

Estoy en la sucursal del cielo, eso dice un descolorido afiche pegado en un viejísimo mural de la Calle de la Escopeta. Mientras hago mi camino, una canción pregona: “Si por la quinta vas pasando, es mi Cali bella que estás atravesando, si por la tarde las palmeras se mueven alegres, la noche está esperando”⁵. El estribillo musical tiene razón, la coqueta brisa recibe la menguante luna. He llegado a un colonial barrio, de nombre San Antonio, con calles estrechas y casas antiquísimas. No obstante, mi atención es apresada por un Café de blanca arquitectura, casualmente llamado Macondo. Dilatadas por el frenesí, mis pupilas no pueden creer tanta realidad, no pueden asimilar tanta

5 Fragmento de la canción Cali Ají del Grupo Niche., 1990.

magia, el universo de Gabo absorbe cada fibra de mi ser. Al entrar, las tenues luces y los granos molidos me llevan al éxtasis. Y como si la felicidad fuera una posesión absoluta, observo con sigilo a cinco jóvenes universitarios alrededor de una mesa, tratando de resolver una pregunta: ¿Qué propuesta pedagógica y curricular podemos aplicar para nuestro país? Fue ahí cuando rompí el juramento de la ética fantasmal, presentándome a aquellos muchachos como un hombre de carne y hueso, con valiosísimos pergaminos en propósitos educativos. Como el efecto es de corta duración, enseguida exclamé: anhele compartir algunas pinceladas con ustedes, si lo permiten, si lo perdonan, por supuesto. Liliana, Cristina, Yuliana, Karen y Alexander, sin comprender realmente quién era este intempestivo servidor, asintieron con esa pícara sonrisa de la chispa latinoamericana. Mi colonización física sobre ese espacio de ebullición intelectual estaba consumada. Mientras sus miradas se volcaban sobre mi anacrónico aspecto, únicamente les hice una advertencia: aprendices de la vida, escuchen bien aquello que voy a pronunciar, no puedo habitar mucho tiempo aquí, quizá dejen de percibirme si no apresuro la articulación de mi pensamiento con la palabra.

Figura 6. Emilio y los otros



Fuente: Elaboración propia

¿Una propuesta pedagógica para la educación pública colombiana a nivel de primaria y secundaria? Jamás había pensado en una cuestión tan exigente a mis escasos tres siglos de existencia. Sobre la tierra de Colón he leído demasiados libros y escuchado bastantes noticias. Sé que la pandemia ha desnudado por estos días algunos males de lastrada tradición. La pedagogía, como el conjunto de teorías que proyectan la imagen del hombre que se quiere educar, también ha padecido graves dilemas en el país del sagrado corazón. Si anterior a la coyuntura mundial se le apostaba, con cierta timidez, a la formación de un sujeto crítico y participativo en la construcción de su vida personal y la gestión de su realidad social, ahora este ideal se ha visto interrumpido por las condiciones que dificultan la orientación escolar. Hoy percibo, más que nunca, la figura de un estudiante vulnerable, víctima de las fuerzas históricas que lo hacen vivir inmerso en la violencia, el miedo y la marginación, sin grandes posibilidades de cambiar su destino, al menos, en un plazo inmediato. La emergencia sanitaria desnudó el verdadero rostro de millones de niños y jóvenes en el territorio del café, intentando sobrevivir entre asistencialismos y subsidios que se constituyen apenas en migajas que acentúan más la pobreza. A la luz de este desolador panorama que tanto entristece mi herencia ilustrada, sugiero que la pedagogía colombiana, sobre las arenas movedizas, debería hacer lo imposible para acompañar a los estudiantes, sabiendo que la orientación académica basada en estándares y lineamientos puede esperar un poco, porque ahora el reto es apostarle a una formación ética que priorice en el bienestar de la familia, el núcleo social más lastimado por esta época.

En mis años revolucionarios fui un apasionado de la doctrina marxista, particularmente de un concepto irresistible: la conciencia de clase. Lo invoco hoy porque considero que la pedagogía

colombiana debería formar al sujeto con una óptica de sospecha hacia los tres grandes problemas que han deteriorado a la nación: la violencia, el miedo y la marginación. Esa violencia que no deja resolver las diferencias propias de la vida por caminos distintos a la destrucción y aniquilación del prójimo, convirtiéndose en el modo naturalizado de sobrevivir dentro del paisaje lúgubre. Ese miedo que no permite vislumbrar la vida como el derecho más sagrado y la dignidad como el bien máspreciado, porque la muerte camina y la desesperanza respira en cada rincón de la geografía nacional. Esa marginación que no posibilita entender los derechos humanos como privilegios universales, sino como mercancías y reivindicaciones que disfrutaban las minorías detentadoras del poder. Si la pedagogía colombiana le apuesta a una conciencia de clase, los niños y los adolescentes disfrutarían de una nueva mirada, entenderían su pasado, asumirían su presente, soñarían su futuro. Necesitan, urgentemente, convertirse en actores de su propia historia, con un espíritu crítico que les dé la potestad de abandonar páginas de sufrimiento y escribir experiencias de felicidad en su travesía por el tiempo. Todos los profesores, sin importar su ciencia, sin importar su disciplina, deberían asumir este elevado ideal, porque de lo contrario jamás habrá un pensamiento libre. La horrible noche debe cesar, como lo quiso ese célebre cartagenero, un tal Rafael Núñez. Estoy seguro de que mi maestro Rousseau me apoyaría en este derrotero. Él conoció las represiones, pero presentía que la detestable Monarquía iba a ser devorada por la mismísima Democracia, todo era cuestión de tiempo y sabiduría.

Pero para lograr este bello propósito, la pedagogía debe entablar una relación muy estrecha con el currículo, conversar con él. Sin embargo, en mis múltiples viajes por el espacio y el tiempo me queda claro que el currículo, tal como se implementa en las aulas de hoy,

es obsoleto, más aún en estos momentos de incertidumbre. Si bien en las últimas décadas han surgido propuestas interesantes en el mundo, que le apuntan a un docente investigador o a un estudiante crítico, ese magno ideal aún no llega del todo a las aulas, en especial, a las de un sistema educativo público como el de este colorido país de mariposas amarillas, mal llamado tercermundista. He sido testigo de cómo el currículo ha inmovilizado a la escuela, a los docentes y a los estudiantes. Todos los marcos normativos institucionales se han pensado para homogeneizar al sujeto que aprende, pero también al que enseña, con lo cual es visible la crisis de la función social de la educación y del papel de la pedagogía para transformar el pensamiento. También he descubierto que no se puede seguir confiando más en la normalidad, sino que se debe mantener en ejercicio constante el pensamiento creativo e innovador, en procura de resolver los eventuales problemas que vayan trayendo las dinámicas locales y globales de esta modernidad líquida.

Sería pretencioso decirles que existe una fórmula mágica o única para una propuesta de currículo, porque eso implicaría, precisamente, caer en el viejo error de estandarizar. Pero sí se pueden proponer unas líneas muy generales. Se debe definir una nueva propuesta que coloque al estudiante en el centro, pero no sólo como ese sujeto que aprende, sino que trae consigo una historia de vida, un pasado y una fuerza subjetiva. Eso es claro desde hace algún tiempo, como también que el papel del profesor debe replantearse hacia una relación más horizontal con el estudiante, en la que se ubica no como un faro, sino más bien como la boya que guía el camino hacia la luz. El llamado entonces es a repensarse el discurso, el proceso pedagógico y encaminarlo hacia la concepción de la heterogeneidad que incluya las particularidades de la vida social y familiar. Es lo que se debe contemplar, un currículo pensado como construcción social donde el profesor conozca el contexto y promueva la creatividad desde una

lingüística diferente y con un espíritu innovador. Esa posibilidad de incorporarlo desde el respeto por las diferencias y comprender que el otro también posee un saber previo que debe ser valorado para la construcción del aprendizaje. En este aspecto, también es esencial que el individuo conozca a fondo su historia y su cultura y se reconozca en ellas, teniendo muy claro cómo lo han configurado en el tiempo y en qué lugar de la sociedad se sitúa, para que desde allí pueda transformar positivamente su realidad.

Si esta es una generación en movimiento, el currículo también debe moverse con ella y permitir el diálogo de saberes. ¿En qué sentido? ¡Pues en todos! Entre las distintas áreas del conocimiento, pero también entre el conocimiento local, ancestral, nacional e internacional. Porque el estudiante de hoy es un ciudadano del mundo, pero también de una región, vive en un barrio, estudia en un colegio, pertenece a una familia y aspira a una vida digna. Pero una dignidad entendida desde el respeto a la individualidad, que le facilite construir un proyecto de vida acorde con sus posibilidades, motivaciones y expectativas.

Observando el panorama que me ha dado este largo viaje podría concluir que la misión del currículo se debe encaminar en rediseñar la acción educativa atendiendo al tiempo y al lugar en el que se encuentra, más allá de la visión eurocéntrica y mecanicista. Por ello, también se debe pensar el currículo contemplando la relación con la exterioridad, aprovechando y usando los recursos del medio como herramienta para hacer seguimiento a las necesidades específicas de formación. Del mismo modo se podría considerar el papel que juegan las tecnologías de la información y la comunicación, pues es innegable su utilidad, pero se debe encontrar la manera de incluirlas en las estrategias de aprendizaje, entendiendo que implican procesos cognitivos distintos a los tradicionales y que van más allá

de seleccionar unos contenidos y aprender a utilizar un dispositivo. No se puede permitir, bajo ninguna circunstancia, que se conviertan en un medio más de exclusión. Esta debe ser la oportunidad para el cambio, la alternativa para escapar de la deriva metafísica y transitar por caminos de comprensión donde se incluyan los diferentes discursos históricos y las prácticas sociales para transformar el sistema educativo. La invitación es a producir una revolución pedagógica y curricular en la práctica escolar.

Última parada: la botella también debe viajar

Quisiera terminar mi travesía colombiana en la ciudad amurallada, la hermosa Cartagena, patrimonio de la humanidad, un lugar donde se respira la historia de esta Nación. Me dejó llevar por la brisa cálida del trópico, que apaciblemente me impulsa hacia la playa. Pienso en todo el camino recorrido, un sentimiento de melancolía invade mi ser. Desde aquí realizo un breve balance de esos cuatro maravillosos viajes que me dieron la oportunidad de ver con mis propios ojos la evolución de la pedagogía y el currículo. Pude constatar que el ser humano es una fascinante criatura que tiene la capacidad de reinventarse en cada momento de su historia. La pedagogía ha sido un molde de barro que quiere hacer una figura humana. En la Antigüedad lo ve virtuoso, pensando siempre en el bien general. En el Medioevo lo pretende con el cuerpo reprimido y el alma catequizada. En la Modernidad lo postula como el sujeto que debe descubrir la ley de la naturaleza. En la contemporaneidad lo vislumbra como el sujeto nacionalista, competitivo, globalizado. Por su parte, el currículo, como se conoce en esta era, es un invento del hombre moderno, aunque encuentra sus raíces en tiempos más remotos, guiado siempre por la racionalidad que busca organizar y controlar el pensamiento. Idea que caló con mucha más fuerza entre los siglos

XIX y XX por la necesidad de entrenar a los individuos, qué digo, a las masas, para alimentar los sistemas económicos industriales. Por fortuna, también han surgido nuevas corrientes que se han centrado más en el estudiante y que le han otorgado al profesor otros roles que van mucho más allá de simples ejecutores de los lineamientos establecidos por los gobiernos. Las grandes tendencias de homogeneización de los currículos coexisten con relaciones de resistencia que hacen que también haya una admiración por las cosas únicas y autóctonas. A pesar ello, el camino por recorrer aún es largo y complejo y requiere de una apasionada tenacidad por parte de todos los que cargan sobre sus hombros la responsabilidad de formar a las nuevas generaciones.

Aquí sentado, mientras las olas dejan huellas sobre la arena, una pluma y un papel he decidido tomar. Es cierto, el viaje me ha dejado tan maravillado como extenuado. Aun siendo espíritu, debo irme a descansar por una larga temporada. Pero antes quisiera escribir una breve carta, o mejor, un sincero monólogo, frente a este paraíso caribeño: “Emilio, eres soñador, eres aventurero. Naciste en la monarquía, creciste en la república. Supiste qué era la represión. Conociste qué era la democracia. Por eso hoy sigues siendo un visionario de la sociedad ideal, la proyectas con leyes ajustadas al interés general, en virtud de ciudadanos razonables que defienden los derechos como reivindicaciones universales y cumplen los deberes como obligaciones irrenunciables. Pero como ningún otro, reconoces que nada de esto puede ser posible sin una apuesta decidida sobre la educación, porque a partir de este acto las mentes abandonan las tinieblas y reciben las luces, como si se tratara de una cuestión revolucionaria que rompe con las perniciosas cadenas que pervierten al mundo. En eso eres un obstinado, nadie cambiará esa idea de tu mente”. Una vez termino de escribir, mi evocación me lleva hacia la imagen de aquellos muchachos, Liliana, Cristina,

Yuliana, Karen y Alexander, confiando en que muchas de estas letras inspirarán sus banderas pedagógicas e innovaciones curriculares en el devenir. Decido, finalmente, introducir el manuscrito en una botella, para liberarla de inmediato en el mar, como la ilusión que ahora quiere viajar, sin rumbo preconcebido. Que la inmensidad del océano y la fuerza del viento sepan dar dirección a mis pensamientos.

Referencias bibliográficas

- Apple, M. (1979). *Ideología y Currículum*. Madrid: Ediciones Akal.
- Bobbit, F. (1918), *The curriculum*, Massachusetts. USA: The Riverside Press.
- Da Silva, T. T. (2001). Dr. Nietzsche, curricularista, con aportes del profesor Deleuze: una mirada post-estructuralista de la teoría del currículo. *Pensamiento Educativo*, 29, 15-36.
- Durkheim, E. (1979). *Educación y sociología*. Barcelona: Península.
- Fratto (1970). Ilustración “La Máquina de la escuela”. Recuperado de <https://ascarrion95.blogspot.com/2017/05/la-maquina-de-la-escuela.html>
- Portilla, M. (2020). Las políticas de mundialización de la Educación en Argentina y Colombia. En: Cano Quintero, M. C. y Granja Escobar, L. C. (Eds. científicos). *Políticas públicas: reflexiones y experiencias latinoamericanas* (pp. 77-93). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.
- Rousseau, J. (1981). *El Emilio o de la educación*. Biblioteca EDAF 33. EDAF. Madrid: Jorge Juan.
- Serres, M. (2013). *Pulgarcita*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Stenhouse, L. (1991). *Investigación y desarrollo del curriculum*. Madrid: Morata